



Pensamiento
Universitario
& Sociedad



Universidad
del Cauca

PERIÓDICO DE
PENSAMIENTO
UNIVERSITARIO PARA
LA SOCIEDAD

Distribución Gratuita

PAZ TERRITORIAL UN COMPROMISO QUE PARTE DE LA COMUNIDAD

*Universidad del Cauca proyecta su
labor a las experiencias de paz*

Desde las diferentes áreas, la Universidad del Cauca viene implementando acciones relacionadas con la paz regional y nacional, a través de la presencia universitaria en las comunidades, conociendo las experiencias y perspectivas en esta nueva realidad del país



Un compromiso con la paz territorial

La Universidad del Cauca, en su compromiso con la Paz Territorial que asumió desde el 21 de abril de 2017, se ha propuesto ser un actor activo en ese proceso de reconstrucción de tejido social afectado por más de medio siglo de conflicto armado. Ese propósito no solo se tiene proyectado en la formación de profesionales idóneos, como lo dice en su misión institucional, sino que el compromiso con la paz territorial se presenta a través de las diferentes acciones adelantadas por las unidades académicas y administrativas.

Entender la territorialidad como la identidad cultural, geográfica, social, económica y hasta política que caracteriza a las diferentes poblaciones, es el punto de partida para comprender la paz que se busca desde las propias comunidades. Una paz que refleje el pensamiento de los demás, que respete los puntos de vista, que construya lazos de unión y de esperanza, hace que este sentimiento que buscamos hace varios años no se convierta en una utopía. Se puede afirmar que la territorialidad marca el camino de la paz, y en él están presentes los individuos capaces de tejer sentido social de manera armónica y dinámica en medio de un mundo que debe enfrentar tensiones crecientes ocasionadas por diversas posturas y creencias políticas, económicas o religiosas.

La academia cumple un papel importante en ese anhelo, no solo con el conocimiento sino mediante la articulación que puede realizar entre los diferentes sectores de la sociedad, conociendo y comprendiendo los diferentes puntos de vista que tiene un departamento como el Cauca, caracterizado por su multiculturalidad y pluriétnicidad.

La Universidad del Cauca entiende ese papel conciliador, pero a la vez de apoyo para la construcción de un nuevo panorama lleno de esperanzas, de respeto en la diferencia, de reciprocidad, de solidaridad, y en el que cada uno de los actores sociales puede aportar, desde sus vivencias a lograr una paz duradera luego de más de medio siglo de conflicto.

En tal sentido, el resurgir del periódico institucional U&C hace parte de este compromiso académico, teniendo en cuenta que para avanzar es necesario construir memoria, reflexionar sobre los contextos regionales y nacionales y retomar los retos que nos atañen como universidad pública. La edición que hoy presentamos cuenta con la participación de docentes y estudiantes.

Porque somos región, somos universidad, somos paz.

Café con aroma de posconflicto.



Universidad
del Cauca®



Dirección universitaria:
José Luis Diago Franco
Rector

Luis Guillermo Jaramillo Echeverri
Vicerrector Académico

Héctor Samuel Villada Castillo
Vicerrector de Investigaciones

Cielo Pérez Solano
Vicerrectora Administrativa

Deibar René Hurtado Herrera
Vicerrector de Cultura y Bienestar

Comité Editorial
Juan Carlos Pino Correa
Jefe Departamento de Comunicación Social

Martha Pilar Campos
Directora Centro de Gestión de las Comunicaciones

Colaboran en esta edición:
Roberto Rodríguez Fernández
Docente Facultad de Derecho, Ciencias
Políticas y Sociales

Elizabeth Castillo Guzmán
Docente Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Juan Carlos Pino Correa
Docente Facultad de Derecho,
Ciencias Políticas y Sociales

Carol Murcia Ledesma
Estudiante programa Comunicación Social

Christian Cuéllar
Estudiante programa Comunicación Social

Isabella Rendón
Comunicadora Social

Valentina Muñoz
Comunicadora Social

Paula Lara Rodríguez
Estudiante programa Comunicación Social

Fotografía:
Archivo institucional
Fotografías tomadas de internet
Nuevo Liberal

Caricatura:
Colirio

Concepto Diseño:
Juan Carlos Buitrago Vargas

Diagramación:
Daniel Martínez

Impresión:
Imprenta del Cauca

Periódico de Pensamiento
Universitario para la Sociedad
Diciembre de 2017

ISSN: 1909-3195

*Las opiniones expresadas en este
periódico son responsabilidad de sus
autores.*

Los cultivos de uso ilícito en el Cauca

Roberto Rodríguez Fernandez
robepierre523@hotmail.com

Nuestro Estado ha seguido las exigencias norteamericanas de “guerra contra las drogas”, represión, combate a los sembradores y procesadores, sin tocar los consumos, ni perseguir en serio a lavadores de activos, y por sobre todo sin preocuparse por los problemas agrarios. Muy seguramente quien dirija el nuevo gobierno no se podrá apartar de este camino fracasado.

Los así llamados “cultivos de uso ilícito”, coca, marihuana y amapola, abarcan miles de hectáreas e involucran a muchas personas en nuestro departamento. Básicamente, los campesinos han recurrido a sembrar estas sustancias porque son las únicas que les compran y les generan ingresos, además de las facilidades para producirlas y comercializarlas.

Los cultivos crecieron en un 52 % en 2016 y han continuado aumentando, sobre todo en zonas fronterizas como Nariño, Putumayo y Norte de Santander según informe reciente de la ONU, lo que lógicamente ha transformado los territorios y comunidades. Este inmenso desafío ha llevado a plantear alternativas legales que logren que los cultivadores aislen las presiones de los grupos armados ilegales dueños del negocio, como la “sustitución de cultivos”, estrategia conocida por todos.

En el Departamento del Cauca, la sustitución voluntaria de estos cultivos (Decreto ley 896 de 2017, Programa Plan Nacional Integral de Sustitución - PNIS, a cargo de la Consejería Presidencial para el Posconflicto), no marcha bien en concepto del Gobernador y de las organizaciones sociales agrupadas en el “Consejo Asesor Territorial- CAT”, para quienes existen mas dudas que certidumbres. Cada municipio debe recorrer una “ruta PNIS”, con etapas como la socialización del programa, la firma de acuerdos

colectivos, la inscripción de las familias sembradoras, los primeros pagos que sustenten las primeras erradicaciones, el monitoreo y depuración de situaciones, las verificaciones de si se levantaron o no las plantas, las autorizaciones para unos segundos pagos, y las asistencias técnicas a los nuevos sembrados alternativos.

Pero, de todo esto, solo se ha cumplido con los primeros tres pasos, y en algunos municipios con alguno más. Mientras en Nariño se atiende a 5000 familias, en el Cauca apenas llegan a 400, y no se les cumple la “ruta PNIS”. Además, los esfuerzos se concentran solo en la coca.

Tampoco van a servir de mucho los nuevos y bonitos sembrados si no hay carreteras, es decir, si los “Planes de Desarrollo con Enfoque Territorial-PDET” a cargo de la Agencia para la Renovación del Territorio no avanzan al mismo tiempo que el programa PNIS. Lógicamente, también deberán ser controladas las economías ilegales.

Es decir, si en el Cauca -como en otras regiones- no se cumple con los Acuerdos de Paz firmados, y si se continúan las violencias políticas sobre los líderes sociales, no vamos a poder realizar las sustituciones, ni muchos otros cambios, que entre nosotros son prioritarios, imperiosos, que debemos concretar con quien sea que ocupe la Presidencia o cualesquiera que sean las mayorías políticas en el Congreso o aun en el propio Departamento. Se trata, por supuesto, de problemas de Estado, del régimen político, no de la exclusiva gestión de una u otra administración, aunque en ello todos estamos involucrados y nadie puede permanecer indiferente.



Enseñanza y justicia curricular en nuestras universidades

El papel de la educación superior es esencial en la construcción de un país distinto. Volver la mirada a la historia, alentar la recuperación de la memoria y fortalecer la formación política son retos que deben ocupar un lugar primordial en la agenda de las instituciones educativas.

Elizabeth Castillo Guzmán
Departamento de Estudios Interculturales

La universidad colombiana asume la construcción de la paz para este tiempo y para esta sociedad como una de sus mayores apuestas. La ciencia, la tecnología, las artes, las humanidades y la enseñanza se ponen entonces al servicio de esta noble misión. Pero el mayor reto reside en cultivar la memoria política en una generación de jóvenes a quienes seguramente no se les enseñó la historia de su país debidamente. Desde la década de los años ochenta, como lo ha dicho tantas veces Jorge Orlando Melo, la enseñanza de la historia y las ciencias sociales cayeron en desgracia con unas políticas educativas obsesionadas con los estándares impuestos por el banco mundial y las competencias en matemáticas y lenguaje. Y así sin más ni más, borramos de un tajo el cultivo de la memoria social y política en la escuela.

Nuestra Universidad se fue poblando con la generación de los nativos digitales que saben mucho sobre el uso de las tecnologías, pero casi nada sobre la historia de su país, a no ser el caso de las propias víctimas que transitan silenciosamente por los claustros sin que nadie se entere que son sobrevivientes de alguno de los tantos episodios de destierro y muerte que impusieron los grupos armados en esta región de Colombia. Estas circunstancias se agravaron con las prácticas de invisibilidad que los medios y la propia política del conocimiento han producido sobre nuestro pasado político y su impacto en la crisis humanitaria de finales del siglo XX.

Enseñar la historia del conflicto colombiano seguramente es la mayor responsabilidad para las Universidades del siglo XXI. Quienes han investigado en este ámbito saben muy bien que se requieren muchos días y muchas horas de reflexión, sobre todo si el propósito es comprender los sucesos para no repetir el oscuro período de violencia e intolerancia política del siglo reciente. La trascendental tarea de enseñar críticamente a las generaciones más jóvenes esta larga travesía, podría lograrse mejor si conocemos a fondo los hechos y no solo las anécdotas. Para ello contamos con un patrimonio literario, estético y académico muy valioso que debemos rescatar del olvido y ponerlo al servicio de la formación universitaria.

Quienes han transitado ya estos caminos en otros lugares del planeta nos han dejado importantes lecciones sobre el papel de la educación, el arte y la escuela en los procesos de producción de memoria y socialización política de generaciones comprometidas con la paz. Este es el caso de Alemania, por ejemplo, donde los niños, las niñas y los jóvenes estudian y comprenden las implicaciones del holocausto Nazi. Para ello los museos, el cine y

el “Diario de Ana Frank” cumplen una bella labor al transmitir el valor de la memoria como acto de justicia. En el caso de Argentina es muy interesante la manera como el currículo de la escuela pública, el cine, los textos escolares y los museos que visitan los chicos y las chicas con sus profesores, enseñan que lo sucedido en el tiempo de las dictaduras militares le duele a toda una nación y que hay unas abuelas y madres que rondan la Plaza de Mayo cada jueves reclamando por su hijos y nietos desaparecidos. La justicia como palabra, como símbolo y como derecho está en el centro de los grandes acontecimientos políticos del siglo pasado. Hoy retoma la fuerza de su significado y se instaura como un deseo social y colectivo para reparar el dolor producido en el marco del conflicto armado en Colombia.

Una educación distinta

“La vaina es otra. Es que haya justicia. Que todo el mundo trabaje y gane para vivir. Y que los hijos de los pobres no lo encuentren todo cerrado. Y que la igualdad no sea una mentira asquerosa pa engañar bobos”. Este párrafo, de la novela “El día del odio” escrita en 1952 por Jose Antonio Osorio Lizarazo podría ser narrado hoy día en una esquina de cualquier ciudad colombiana. Se refiere a la génesis de la violencia política de los años cuarenta producida por un bipartidismo fanático y sostenido en viejas prácticas feudales. Tránsito la protagonista, es una campesina convertida en sirvienta de una familia bogotana, una historia multiplicada cientos de veces a lo largo de cientos de años. Esta novela al igual que muchas otras, contiene piezas de nuestra historia social reciente, de un tiempo signado por la falsa ilusión de un progreso a usanza europea, que produjo una reducida nación moderna y violenta de cuyo mapa quedó excluida la mayoría de la población. Pero esta literatura no circula en las escuelas colombianas, tampoco en las universidades, porque la memoria de la nación está por fuera de los currículos de nuestro sistema educativo.

La educación después del conflicto es distinta. Eso es un rasgo que debería caracterizar los planes decenales y las actuales políticas de calidad educativa y acreditación de la educación superior. Somos una nación que reconoce al menos diez millones de víctimas directas del conflicto. Una de cada cinco personas del sector rural ha tenido daño en sus vidas a causa de los actos de barbarie

cometidos por los grupos armados legales e ilegales. Si se vive al suroccidente de Colombia ese dato aumenta. Con estas cifras, Colombia debería tener una política educativa completamente articulada con la formación para la paz, para el perdón y para la reconstrucción. Pero nuestras políticas educativas atienden otras agendas y por eso surgen inventos desastrosos como este de “añadir” a las metas de competitividad educativa el asunto de la paz, como quien remienda una pieza de vestir.

Crear “cátedras para la paz” no es el camino más asertivo, pues no se trata de adicionar un asunto más al plan de estudios de las diferentes disciplinas y profesiones que cultivamos en la Universidad. El esfuerzo epistémico es mayor. Se trata de articular la enseñanza de las diferentes asignaturas propias de cada currículo, a la reflexión sobre nuestra realidad histórica. Al mismo tiempo que formamos médicos, enfermeras, físicos, matemáticos y artistas, ser capaces de enseñarles a comprender el recorrido político de esta sociedad desde sus orígenes hasta nuestros días. La Universidad puede promover una política curricular que favorezca este tipo de cursos y espacios para la memoria política. Esto se denomina “justicia curricular” (Torres, 2011) que no es otra cosa que poner en el centro de lo que se enseña nuestra propia historia social y cultural entendiendo que durante mucho tiempo hemos puesto en el centro de la enseñanza una idea de lo disciplinar y/o lo científico desprovista de contexto y contenido social. La justicia curricular invita a descolonizar los planes de estudio y enfrentar la tarea de contribuir a crear una sociedad consciente de su pasado y comprometida con la no repetición.

Compromiso y sensibilidad

La construcción de la Paz que ahora mismo ocupa al estado y la sociedad colombiana depende en gran medida de lograr el compromiso con la verdad, la justicia y la no repetición. Estos ideales se recogen de modo emblemático en la propuesta de acciones para la dignificación y la reparación de las víctimas. En la Universidad podemos contribuir de modo muy importante con este proceso si logramos reflexionar nuestro currículo con pertinencia regional y nacional. Tal como lo ha señalado el Centro Nacional de Memoria Histórica (2013) en sus investigaciones sobre las causas estructurales de nuestra larga historia de violencia, regiones como el suroccidente constituyen escenarios estratégicos para crear alternativas a las consecuencias de un conflicto que impactó las subjetividades y las relaciones intergeneracionales.

La justicia curricular puede ser una buena opción educadora para una sociedad que termina un conflicto violento y decide aprender sobre lo sucedido. Para ello contamos en Colombia con un valioso patrimonio en las letras, las culturas y las artes que podría ser el ámbito para esculpir la memoria política del conflicto. Requerimos de inteligencia, sensibilidad y buena pedagogía para cumplir con esta labor en nuestras universidades.

En 1994 Gabriel García Márquez conmovido por nuestra situación decidió regalarnos esta emblemática proclama. Su vigencia es incuestionable.

“Creemos que las condiciones están dadas como nunca para el cambio social, y que la educación será su órgano maestro. Una educación desde la cuna hasta la tumba, inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar y nos incite a descubrir quiénes somos en una sociedad que se quiera más a sí misma. Que aproveche al máximo nuestra creatividad inagotable y conciba una ética -y tal vez una estética- para nuestro afán desaforado y legítimo de superación personal. Que integre las ciencias y las artes a la canasta familiar, de acuerdo con los designios de un gran poeta de nuestro tiempo que pidió no seguir amándolas por separado como a dos hermanas enemigas. Que canalice hacia la vida la inmensa energía creadora que durante siglos hemos despilfarrado en la depredación y la violencia, y nos abra al fin la segunda oportunidad sobre la tierra que no tuvo la estirpe desgraciada del coronel Aureliano Buendía”.



Noche blanca y eternidad

*¿Es posible viajar con tranquilidad por la región en un escenario de posconflicto? En esta crónica, que hace parte del libro *Mirada al Sur*, próximo a publicarse por el Sello Editorial de la Universidad del Cauca, se cuenta no solo una travesía por carreteras del Macizo Colombiano sino también los temores e inquietudes que suelen estar presentes allí.*

Por: Juan Carlos Pino Correa
www.comarcadigital.com

La neblina es muy densa, tan densa que no se ve nada. Yo apenas toco el acelerador para que el vehículo no se detenga por completo. Unos metros antes, tres motociclistas que nos antecedían se orillaron en un recodo de la carretera y apagaron las luces ante la imposibilidad de avanzar. Nosotros, en cambio, seguimos la marcha, lenta, temerosa, intentando casi por intuición conservar la vía. De San Juan salimos a media tarde con la idea de pernoctar en el Rosal, pero como allí no encontramos al amigo que nos ofreció su casa ni hallamos hotel en el cual hospedarnos decidimos dirigirnos a Bolívar aunque ya hubiera caído la noche. El principio del trayecto fue tranquilo. A pesar de que nunca antes transité por aquí, no me preocupaba la oscuridad ni la carretera sin pavimentar sino otra cosa que supe guardar solo para mí. Hacía unos meses, cuando subimos al Cerro de Bolívar, vi cerca a la entrada del pueblo, por esta misma vía, un grafiti en una casa que rezaba: Prohibido transitar después de las siete de la noche. Y firmaba el frente Camilo Cienfuegos del Ejército de Liberación Nacional, ELN. Eso recordé y aunque la primera parte del trayecto fuera apacible, yo no dejaba de pensar en ello. Y me daba vueltas la cabeza a pesar de que en los más de doce viajes que hice en los últimos seis meses por todas las carreteras del Sur no tropecé ni una vez con la guerrilla. No sabía si en eso influían los diálogos de paz de La Habana o si era solo suerte, pues en esta zona hacen presencia no tanto las FARC como el ELN, grupo insurgente creado en los años sesenta por el cura español Manuel Pérez y en el que militó Camilo Torres Restrepo, cura bogotano fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional y del que por estos días iban a cumplirse cincuenta años de su muerte, ocurrida en el primer combate en el que participó. Yo intentaba imaginar qué pasaría si llegara a producirse un encuentro con los guerrilleros, cuál sería nuestra reacción si de pronto salían en una curva de la carretera apuntándonos con sus armas y nos hicieran detener. Bajaría despacio el vidrio de la ventanilla y diría que era un profesor universitario que estaba escribiendo un libro sobre el Sur del Cauca y a quien en algunos

de los viajes solían acompañar la esposa y el padre. Sí, pero ¿y la hora? Pues, nada... nos había cogido la noche en el camino sin poder evitarlo. Nada más diría porque esa era toda la verdad. El desenlace no me quedaba claro porque uno no sabe de qué humor suelen estar los que manejan las armas y escudan su poder en ellas, llámense cuchillo, pistola o arsenal. Así que dejaba todo en este punto como una obra abierta antes de que mi ingenio de novelista se viera desbordado por alguna trama trágica.

Con la insurgencia

Fue inevitable recordar entonces una antigua travesía que hice por allá a principio de los años noventa, cuando a la salida del Claustro de Santo Domingo unas personas esperaban en un campero para invitarme a hacer una entrevista con la cúpula del Quintín Lame, el grupo indígena insurgente que en aquellos días adelantaba diálogos para desmovilizarse. Era mediodía y hacía sol. Yo acepté pese a que el camarógrafo del noticiero regional para el que trabajaba se negó a acompañarnos con el argumento que llegaríamos de noche y no tenía luces. A mí no me importó porque quería vivir esa experiencia, aunque tuviera que irme sin pasar por casa y sin avisar. En el vehículo iban tres periodistas más, con quienes nos fuimos conversando durante las más de cuatro horas que duró el trayecto hasta un lugar donde terminaba la carretera, cerca de Guanacas, en el municipio de Inzá. A partir de allí emprendimos una caminata montaña arriba durante otras cuatro horas. El sendero era escarpado y los árboles dejaban ver a veces una montaña que se levantaba al otro lado, tal si fuera una muralla indomable.

Ya era de noche cuando llegamos a la vereda de Coscuro, un lugar donde, según nos indicaron luego, habían levantado este campamento provisional, teniendo que caminar varias horas desde más arriba de la montaña. Había hombres uniformados y

armados detrás de los árboles y barrancos y se erigían toscamente por allí varios cambuches, pero el sitio donde nos recibieron era una casa pequeña de bahareque. Luego de ofrecernos de comida un arroz mazacotudo y una presa de pollo, nos llevaron a los cuatro periodistas a una habitación tapizada de mazorcas de maíz y nos dijeron que teníamos que esperar mientras terminaba una reunión de la dirección política del movimiento. Entretanto, sobre la montaña se soltó un diluvio universal que duraría casi toda la noche.

Sentado en la oscuridad y mirando pasar en lapsos regulares la silueta del guerrillero con su arma terciada al hombro, yo intentaba organizar un poco mis ideas y definir cómo abordaría algunos temas, pues no había preparado específicamente esta entrevista no concertada. Como había sido redactor político del periódico El Liberal hasta hacía poco y ahora estudiaba Derecho en la Universidad del Cauca, sabía con claridad cuál era la situación y el contexto respecto del Quintín Lame y sus negociaciones con el gobierno. A veces me acometían todos los miedos posibles y pensaba en la posibilidad cierta de un combate con el ejército y de que nosotros quedáramos ahí en medio del fuego cruzado. Y entonces pensaba en mi padre y en mis hermanos, quienes en casa estarían preguntándose qué me habría pasado y dónde andaría porque les parecería muy raro que no hubiese ido a almorzar ni a comer y no avisara nada, yo, un muchacho tan de casa. Tuve mucho tiempo para esbozar algunas preguntas y, era inevitable, para imaginar también escenas dantescas pues la espera en medio de la oscuridad duró hasta después de la medianoche. Fue entonces cuando nos condujeron a otra habitación donde había tres hombres que no pudimos ver bien porque, nos advirtieron, la entrevista se realizaría en la penumbra. La luz incipiente de una solitaria linterna apoyada casi por completo contra una pared delineaba en forma difusa las siluetas de los allí presentes.

De aquel encuentro yo no recordaba ya las preguntas concretas ni las respuestas, aunque sí se me habían grabado las voces de dos hombres: la del comandante Gildardo, que hablaba despacio, como queriendo no dar pie a algún desliz dialéctico, y la de un personaje de acento extranjero para quien el español no era su lengua nativa y que solía socorrer en la argumentación al otro cuando parecía empantanarse. Luego sabría que se trataba de Pablo Tatay. Al finalizar la entrevista nos ordenaron marcharnos de inmediato, pero dijeron que no podíamos usar linternas para no señalar la ubicación. En compensación nos pusieron un guía que, ¡vaya paradoja!, se fue adelante sin detenerse a esperar a nadie. Eran las tres y media de la mañana y el aguacero había amainado, pero aún lloviznaba. La noche era tan oscura que haciendo un gran esfuerzo apenas se podía distinguir la cintilla del camino que el agua había convertido en un desfiladero. Creo que rodé muchas veces y temí perderme en estos andurriales inhóspitos pues no volví a saber nada de los otros periodistas ni del guía. Lo único que hice cuando empezó a clarear fue apurar más el paso en ese camino en el que me encontraba y que yo esperaba fuera el mismo que conducía hasta el lugar donde la tarde anterior habíamos dejado el vehículo. Y sí, ahí estaba el campero, estacionado junto a la vetusta casa donde finalizaba la carretera. Entonces me di cuenta de que el guía era uno de los guerrilleros que en la noche estaba vestido con uniforme y sostenía un fusil. Él se subió al carro con nosotros y emprendimos el regreso a Popayán y aunque nos hicieron detener en dos retenes del ejército no hubo ningún contratiempo. Al medio día llegué a casa, abrí la puerta de la calle y la cerré con celeridad. Y me recosté allí como si hubiera vuelto a Ítaca, exhausto pero feliz de estar de nuevo al amparo del hogar cálido.

La lentitud de las cosas

Recordando cosas como esas y rumiando mis miedos pasaban los minutos, lentos, muy lentos debo decir.

Y pasaban los kilómetros del trayecto, lentos también.

No podía acelerar, primero porque no conocía la carretera y luego porque se vino una neblina que al principio no fue muy espesa pero que igual nos impedía avanzar con algún ritmo. Mi padre,

él sí conocedor de estas tierras, no lograba ubicar a qué altura de la vía estábamos y eso hacía que el ambiente se pusiera más tenso, aunque ninguno lo dijera abiertamente. No obstante, había una cosa que nos tranquilizaba: muchas de las viviendas que encontrábamos en el camino y en los caseríos tenían las luces encendidas y mostraban actividad. Pensábamos que hoy las cosas eran distintas porque este fin de semana había carnavales en Bolívar y, como era sábado, se esperaba que mucha gente asistiera a la verbena popular llegando de veredas, corregimientos y pueblos vecinos. El que no se consuela es porque no quiere. Con todo, nadie nos alzó la mano en la vera para que lo lleváramos y el viaje se nos seguía haciendo largo. Al rato, cuando intuimos que estábamos cerca y que la neblina se disiparía definitivamente, la blancura se hizo más densa e infranqueable. Allí fue que alcanzamos a los tres motociclistas que iban tan despacio que parecía nos estaban esperando. Pero no, no nos esperaban, era que no se veía casi nada y un accidente no hubiera sido una cosa extraordinaria, así que ellos se orillaron, se detuvieron y apagaron las luces. Nosotros, en cambio, pasamos a su lado a casi nada por hora y seguimos la marcha lenta, temerosa, intentando casi por intuición conservar la vía. Eso hacemos aún ahora, los ojos de los tres viajeros puestos en la carretera intentando no perder de vista ese no sé qué incierto e impreciso en que se ha convertido el hilo de Ariadna al que seguimos aferrados.

No sé cuánto tiempo transcurre, si cinco, diez o más minutos. En ese lapso ascendemos y alcanzamos la cima de la vía —la cuchilla, se dice por aquí—, y luego empezamos a bajar despacio, intuyendo que ya estamos en la parte final del trayecto. Pero lo único cierto es que navegamos en una noche blanca convertida en eternidad. Y de pronto, la albura se deshace así no más y todo se aclara: las luces alumbran con precisión la carretera antes de perderse en los barrancos y en la nada de más allá. Parece como si una especie de mano misteriosa levantara premeditadamente el velo para que podamos ver, justo en este momento, la casa donde hay un grafiti pintado en la pared, como un grito inequívoco de advertencia: Prohibido transitar después de las nueve de la noche. Frente Camilo Cienfuegos, ELN. No, el límite no son las siete, como yo recordé al salir de El Rosal hace un rato, sino las nueve. Me equivoqué en la hora de inicio de este toque de queda ilegal y arbitrario que produjo tensiones y temores, pero ahora queda planteada otra hora que yo no sé si es como esa niebla densa que nos acompañó durante buena parte del camino. Sin duda, alguna vez para alguien se habrá convertido en el santo y seña del suplicio, del dolor y de la muerte.

Entonces le pido a María Fernanda que mire el reloj.
Van a ser las diez.



al ab

*Durante el conflicto armado, las expresiones de violencia se p
naza y de la tensión y el miedo que vienen tras ella, u*

Por: Christi
www.comarc

—Vea, le mandan a decir que no sea sapo y que se largue lo más rápido posible, hijueputa.

Esas fueron las palabras que recibí de un hombre que no conocía, rodeado de seis hombres más en la sala de un hospedaje, en un pueblo muy lejos de mi casa. El miedo me recorrió todo el cuerpo, nunca había recibido una amenaza de ese calibre y no tenía a donde ir en ese momento.

En octubre del 2012 me llamaron para trabajar como auditor censal en el Departamento del Cauca. Parecía un buen trabajo y además iba a viajar, así que dije: “dinero y viajes pagados, no lo pienso dos veces”. Mi trabajo consistía en visitar los colegios para verificar que los estudiantes matriculados fueran reales y no hubiese ningún desfalco al gobierno.

Al principio visitaba los colegios de Popayán. Para mí era fácil porque no estaba a cargo de las visitas. Había dos coordinadores y cerca de treinta o más auditores. Yo solo verificaba las matrículas. En Popayán, a cada colegio íbamos casi cuarenta auditores. Así verificábamos un colegio diario, rendía mucho el trabajo.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Alejandra, mi compañera que estaba a mi izquierda, aterrorizada ante las pocas posibilidades que teníamos en ese momento. Eran siete hombres sentados en las sillas de la sala, en una casa esquinera de dos pisos donde nos hospedábamos. Le dije que todo saldría bien.

¿Un buen trabajo?

En aquella época me sentía bien porque era joven y con un trabajo bien pagado y era novato en tener compromisos y labores serias. El consorcio contratista culminó la primera etapa del proceso. Se auditaron todos los colegios públicos de Popayán, con un grupo de trabajo de sesenta personas aproximadamente, pero había un atraso grande para entregar todo el departamento. La solución

fue tomar varios municipios al tiempo y viajar en grupos de diez personas.

—El profesor tiene la orden de no entregarle ninguna información a usted, ¿tiene algún problema con eso? —me dijo de nuevo el hombre del centro.

Y sí, tenía muchos problemas con eso, pero seguía agarrando su revólver cuando me hablaba. Por eso le dije:

—No, ninguno.

Eran emisarios de un grupo armado ilegal. Me dijo el hombre del revólver que yo no llevaba ningún beneficio para la zona y que, al contrario, mi trabajo iba a provocar menos ingresos económicos a la región y les quitaría a los profesores, por lo tanto no podía llevar ningún tipo de información de ese lugar.

Ya habíamos encontrado varios estudiantes inexistentes en el pueblo. El hombre me ordenó que le entregara toda la información recogida de los colegios. De nuevo preguntó que si tenía problema en entregársela. No le respondí, solo me levanté de la silla y caminé hacia el cuarto. Saqué las carpetas con la información y le entregué todo el material.

El viaje como riesgo

El primer municipio que audité fue Santander de Quilichao. En una semana mi grupo solo terminó dos colegios, más retrasos en el cronograma. Y en los otros municipios estaban en las mismas condiciones. Una semana después, llegaron más personas que contrataron para poder avanzar. En los municipios cercanos se avanzó un poco más, el problema era que en un mes debía estar todo el departamento listo. Era imposible hacerlo para entonces. La solución fue contratar muchas más personas para ir a los pueblos de todo el departamento. Allí comenzó mi dilema. Como las personas nuevas no tenían la experiencia para ir solas a los

Asomarse ismo

presentan en cualquier momento y lugar. Crónica de una amenaza en un escenario que el país sueña con dejar en el pasado.

Christian Cuellar
@digital.com

municipios, los antiguos pasamos a ser coordinadores y debíamos viajar solo tres personas a una región. Mi primer reto: Argelia Cauca. Yo debía ser el coordinador de ese grupo, conmigo viajarían dos mujeres recién vinculadas. En ese momento pensé en que debía tomar la decisión de tirar la toalla porque debía ir muy lejos, un sitio peligroso, y con la responsabilidad de hacer el trabajo de coordinador, que no era fácil y no lo había hecho antes.

—Ya sabe: o se van o salen de aquí con las patas por delante.

Con esa advertencia el hombre se levantó de la silla y junto con él sus acompañantes. Se despidieron muy amablemente de la señora y salieron de la casa. Mis compañeras estaban aterrorizadas, yo estaba un poco aturdido aún por las amenazas y con mucho miedo. Eran las diez de la noche, no había forma de salir del pueblo a esa hora. Me fui a mi cuarto y solo podía pensar en qué momento golpearían la puerta y entrarían de nuevo esos hombres para matarme. Solo quería que amaneciera para irme pronto y renunciar, era demasiado para mí. Esos hombres estaban realmente molestos con mi presencia en el pueblo.

Cuando me llegó la notificación de que viajaría como coordinador con dos personas nuevas para Argelia, evalué mis capacidades. Todo el trabajo había pasado muy tranquilo porque no había tenido esa responsabilidad y ahora era el momento. Tenía dos opciones, renunciar porque no me creía capaz de hacerlo, o aceptar el viaje y hacerlo muy bien. Tomé la segunda.

Ir y volver

En un viaje de siete horas llegué a Argelia Cauca. No hablé con nadie, no me reporte con nadie, no quería que nadie supiera que yo estaba ahí. Solo íbamos a hacer nuestro trabajo y salir. Había un colegio bastante grande y faltaba otro, además había veredas

muy lejanas que no podía visitar. Tomamos la decisión de vernos con los rectores de los colegios más lejanos que vivían en el pueblo y hacer el trabajo en sus casas. Ellos traerían toda la información de su colegio para revisarla.

Necesitaba acabar pronto, así que fui a visitar a un rector a las siete de la noche a su casa. Nos atendió muy amablemente y empezamos a revisar sus matrículas. Nos dieron las diez de la noche en esa labor. De pronto sonó mi celular: era la señora del hospedaje, que le había dado mi número. Escuché su voz angustiada y me asusté. Me dijo: “Christian, vengase ya para la casa que lo necesitan” y colgó su teléfono. Sin pensarlo le dije a mis compañeras que nos fuéramos de inmediato. Mientras caminábamos pensaba en quién podría necesitarme en un lugar donde no me conoce nadie. Cuando llegué, la puerta estaba abierta. Subimos las escaleras al segundo piso y había siete hombres esperando por nosotros. Uno de ellos, el que estaba en el centro, me dijo:

—¿Christian Cuéllar?

Con mucho asombro porque me llamó por mi nombre, le dije:

—Sí señor.

Me respondió:

—Vea, le mandan a decir que no sea sapo y que se largue lo más rápido posible, hijueputa.

Al otro día, me levanté a las cinco de la mañana para irme. Durante el viaje solo pensaba en esos hombres esperando para matarme. No le conté a nadie, no quería ser una víctima más. Solo quise tomar lo mejor de esa experiencia y agradecer a Dios por ese viaje que puso a prueba mi valentía, para decidir si de ahora en adelante quería reír o llorar. Y la verdad, prefiero reír.



“Mientras la zanahoria caía del mesón, la vida entera se me iba con ella. Hasta que sonaba el golpe y los recuerdos a blanco y negro bombardeaban mi mente. Yo solo quería arrancar a correr, meterme en algún lugar porque parecía que ya se estuvieran entrando. El sonido era como el de la primera pipeta y se repetía la misma zozobra, la de todos los días”, recuerda María Teresa, mi abuela, mientras toma su taza de café con la mirada perdida, como si buscara mantener la compostura ante la acechanza del ayer.

El Bordo es una tierra cálida del Sur del Cauca donde el sol tuesta la piel y la carretera derrite la suela de los zapatos. Sin embargo, hoy el cielo está apagado, parece como si las nubes tuvieran memoria. Ese día, ellas también lloraron, se desesperaron y chocaron, tal como la gente del pueblo.

Jaimito, a eso de las nueve y treinta de la noche se disponía a cerrar su peluquería cuando un furgón, de esos que cargan alimentos, se parqueó frente a su local. De él descendieron hombres desconocidos que con camuflado y botas de caucho le pidieron un corte de cabello. Aunque extrañado, Jaimito accedió a hacer el trabajo, al fin y al cabo era buena plata la que entraría. Todo iba “al pelo” hasta que se escuchó la primera ráfaga. Los de las botas de caucho se miraron cómplices. Jaimito recurrió a la súplica para salvar su vida e hincó sus rodillas para recibir un “marica, callate o te quemamos el culo”. Eran ya las diez cuando lo obligaron a mirar cómo ellos hacían su entrada triunfal a la Panamericana.

En ese momento, la jueza María Mercedes David, al son de una explosión ni la verraca, dijo: “¡Hijueputa, la guerrilla se metió! Pero si todavía no era”. Y con razón. Según los bordeños, “ya había el run run de que la guerrilla se iba a entrar”. Aunque todos los sabían, ‘abu’ apenas “se desayunaba”. Todo estaba presupuestado para que se tomaran el pueblo el viernes, pero se adelantaron y el martes 7 de marzo del 2000, arribaron aproximadamente 400 insurgentes de los frentes 8 y 9 de las Farc.

Por esa época, el presidente Andrés Pastrana había puesto en marcha junto al gobierno estadounidense “El Plan Colombia”, cuyo fin consistía en erradicar el narcotráfico, los grupos insurgentes y fortalecer la institucionalidad a través del mejoramiento de la ofensiva militar. Sin escatimar gastos ni medir consecuencias, se trajo al país lo último en armamento.

Bombardeo y asalto

Los guerrilleros estaban por todos lados, se paseaban por las calles echando tiros al aire, arrastrando las pipetas y contando hasta 20 para luego soltar la carcajada, mientras en las casas las madres, con camándula en mano, pensaban en los muertos vecinos, en el pueblo vuelto ‘chicuca’, en la posibilidad de no despertar mañana. “Ya tenía hasta las tripas en la garganta, corría pa aquí y pa allá, y en esas sonó el teléfono; era Diva: ‘Vea, dígame a Lucho que se venga, súbanse para acá que la guerrilla viene por el chorro, por todos lados’. Y nos pasamos todos a la otra casa, pegaditos al filo de las paredes para que las balas no nos dieran”, cuenta ‘abu’. Los 400 se repartieron. Empezaron por tomarse el Palacio de Justicia, donde se instalaron para bombardear la estación de policía. En todo el edificio solo se encontraba una funcionaria. Ella se escondió tras unos archivadores, mientras los milicianos buscaban a quien había dejado el computador prendido. Al no encontrarlo salieron del lugar, robaron el Banco Agrario y destrozaron el hotel de los Guamanga, de donde los inquilinos tuvieron que salir con sábanas por las ventanas para que la edificación no les cayera encima.

Mientras tanto, en la cárcel amordazaron a los guardias, recogieron en una camioneta LUV algunos objetos (radios, armas, papeles), repartieron volantes, averiguaron por guerrilleros y paramilitares presos y se llevaron a los 92 reclusos. Les repetían uno a uno mientras caminaban en fila india hacia un camión que ellos, la guerrilla, “no eran como el gobierno”, que ahora eran libres, que podían irse con todo, que no volvieran. Pero al otro día,

Memoria del conflicto armado

Ni muertos para llorar

Tras la puesta en marcha del Plan Colombia, en el país se desató una fuerte ola de acciones armadas por parte de las Farc. En ese contexto, El Bordo, Cauca, fue blanco de un ataque guerrillero en marzo de 2000, cuyos detalles se reconstruyen en esta crónica.

Por: Carol D. Murcia Ledesma
www.comarcadigital.com

paradójicamente, regresaron 89. De los otros tres solo quedó el nombre.

El blanco final era la estación de policía, donde harían arder a las “gallinas verdes” que desde los inicios del run run habían estado en acuartelamiento y que por disimular habían salido en la patrulla a rondar, pero que no fueron capaces de hacerles frente.

Galones de gasolina empezaron a ser rociados por entre canales, respiraderos, hendidias y cuanto hueco hubiera. No se sabe si fue la lluvia, la valentía de una mujer policía que fue “la única capaz de meterle un par de tiros a los guerrilleros”, el avión fantasma o la ayuda divina pero algo evitó que a los uniformados los achicharrara la guerra.

A su paso, además de balas y pipetas, la insurgencia iba dejando panfletos que decían que su objetivo era “darle al gobierno”, hacerlo temblar y hacerle saber que con el Plan Colombia lo último que conseguirían sería la paz.

Como un fantasma

Eran alrededor de las doce y treinta de la noche cuando una bengala tirada desde el cielo iluminó todo el pueblo. “Eso se escuchó como un buuummm, un ruido bien fuerte, como el de un fantasma”. Y es que había llegado el más letal, el que arrasaba con todo a su paso: el avión fantasma. María Teresa toma dos cucharas en sus manos y empieza a chocarlas: “Así sonaba todo, mientras el olor a pólvora, cosa chamuscada, marihuana y bazuco se mezclaban”. Mi abuelo Lucho cuenta que eran muchachos los que se tomaron el pueblo: “el fusil que llevaban era más grande que ellos mismos. Yo los veía serenos, muertos de risa y andaban a la carrera con esos cilindros para echarlos de allá para acá”.

Mientras caía sobre nuestras cabezas el polvo que por años se había acumulado en el techo, todos se carcajaban, menos ‘abu’, mi tío, el nené y yo. Viendo la situación, ella nos tomó en sus brazos y nos colocó, a mi tío y a mí, dos cojines en la cara, para que el

techo caído no nos fuera a destrozar la inocencia, los sueños, la esperanza y que por lo menos pudiéramos ser identificados cuando recogieran los cuerpos. Afuera, los se metían guerrilleros hasta en las canaletas de los andenes para no ser detectados por el fantasma.

Poco a poco el silencio fue retornando, el fantasma se alejó y la guerrilla huyó cargándose al hombro, como costal de papas, a cada uno de sus muertos. Ellos no fueron contados, ni porque dejaron en las paredes del palacio las huellas de sus manos ensangrentadas. El país se enteró de la toma desde la una de la mañana, cuando Caracol Radio anunció el hecho y hasta habló con doña Mariela mientras los tatucos retumbaban. RCN tuvo la primicia para televisión, se cuadraron en la esquina de licores desde las cinco de la mañana para captar la desesperación de la gente que ya se empezaba a reunir en las calles para curiosarse a los muertos.

“Uno fue a ver un momentico pero corra de miedo porque pensaba que cualquiera podía ser guerrillero, porque las milicias urbanas estaban acá también, entonces uno era con la boca callada, con la cabeza agachada, mire y corra”, dice ‘abu’.

La reconstrucción física del pueblo no demoró mucho, pero las secuelas emocionales persiguieron a sus habitantes por varios años. Cada tarde, a eso de las seis, algún vecino pasaba tocando por cada puerta, avisando que iban a llegar a cobrar venganza. La zozobra se prolongaba hasta que no podían luchar más contra el peso de sus párpados.

De la toma hoy solo queda el recuerdo, el temor a los ruidos y la pólvora, porque para los archivos, ni muertos quedaron para llorar.

En la guerra no hay caminos para quedarse

Rosa Enelia Mosquera es una mulata de 49 años con suficiente fuerza en el cuerpo para seguir trabajando. Tiene seis hijos: todos llevan su apellido. Los paramilitares que la desplazaron, la guerrilla de las Farc que lastimó a los suyos, y el olvido del Estado, la han llevado dos veces a dejar atrás todo lo que conoce. En este testimonio reconstruye su historia.

Por: Isabella Rendón y Valentina Muñoz
www.comarcadigital.com

1. Una trocha hacia El Plateado

Una vez fui feliz, tenía cinco años y andaba pata pelada. Lola me hacía feliz, mi hermana mayor. Nacimos en Huisitó, corregimiento de El Tambo, Cauca. Toda mi familia es de allá. En esa época no necesitábamos zapatos, caminábamos dos horas para llegar de la finca al pueblo, a veces me llevaba en sus hombros. Luego a Lola la mató el amor, se enamoró de un profesor y una mujer le hizo una brujería que la hinchaba todos los días después de las seis de la tarde. Una noche fue a despedirse de mí, vivíamos en una casa de zarzo y desde arriba vi pasar una sombra. Le dije a mi mamá, pero ella me dijo que era el alba, no le creí porque a las horas Lola murió.

Nunca dejé de pensar en ella, tampoco el día en que me fui de Huisitó. Tenía veinticuatro años y tres niños pequeños: Argenis Mosquera, de seis años, Luis Iván Mosquera, de 4 años, y Jeison Andrés Mosquera, de catorce meses, a quien llevaba en brazos. Me fui con Lidia, mi vecina, y sus dos hijos pequeños. Empezamos el viaje al amanecer por una trocha, pasamos por Mecaje, luego Mecaje Alto para subir hasta San Antonio Alto. Todo lo que encontramos fue una palamenta y puro monte.

Era una trocha horrible, poco transitada por gente y mucho por animales. Nos fuimos de la casa porque no había trabajo en Huisitó y si uno encontraba le tocaba ir muy lejos. Yo ponía a cuidar a una hermana a los niños, pero les pegaba y a mí no me gustaba que los tocaran, ni siquiera ella.

Tardamos un día entero en llegar a la primera casa en San Antonio Alto. En ese momento estábamos asustados, escuchábamos un trote detrás. Yo estaba segura de que era un tigre, se ven mucho por la zona. Fui avispada y dejé que Lidia se hiciera detrás, ella llevaba un machete, yo no tenía nada. Me la pasaba pensando en cómo agarraría a los niños en caso que tuviéramos que salir corriendo. Cuando llegamos a esa casa una señora nos atendió amablemente y nos preparó comida porque los niños iban con hambre. Ese día nos dormimos temprano para despertar al amanecer, preparamos desayuno y fiambre y volvimos a salir. Hicimos en total tres días de camino, teníamos que seguir el paso de los niños que estaban muy pequeños.

A las cinco de la tarde llegamos a El Plateado. En el pueblo vivía un primo mío y su familia. Ellos ya nos habían arrendado una casa, entonces nos fuimos para allá. Cuando entré, lo primero que vi fueron los restos de vela por toda la casa: no me gustó, hasta sentí un escalofrío. Le pregunté a Lidia. Ella me dijo: “debe ser que se fue la luz en estos días y les tocó prender vela”. No le creí. Esa noche cabeceamos viendo dormir a los niños: tenía desesperación de ver tantas velas, miedo. Al otro día le pregunté a la vecina. Me dijo que la casa había sido una casa de velaciones: habían matado a tres personas en esa semana.

En ese tiempo el octavo frente de las Farc desaparecía mucha gente en la zona, se hacían velorios diarios. Al otro día me fui, pensé en mi mamá mucho. El día antes de irme me advirtió sobre Lidia: “No se quede mucho tiempo con ella, Rosa, usted sabe

que ella es problemática, allá se van a poner a pelear”. Le dije entonces a Lidia que hasta allí estaríamos juntas: “Vea, mijita, yo me abro, hasta aquí fue la compañía”. Ese día arrendé otra casa, de barro, ventanas y camas enterradas en la tierra.

Para ese entonces empecé a sufrir demasiado, allá sí había trabajo, pero pagaban muy poquito. Aura Hoyos, me dio el primero, recolectando hojas de coca. Todo mundo en El Plateado trabajaba haciendo eso. Las mujeres cogíamos transporte para llegar a las plantaciones, luego tocaba caminar un par de horas. El dinero que ganaba no me alcanzaba para comprar suficiente comida para los niños. En el trabajo nos daban unos tazones de comida, yo los guardaba para ellos. Los tenía en una guardería, pero al día les daban un poco de colada, no resistían. Todos los días me levantaba a las tres de la mañana, preparaba de comer, llevaba a los niños a la guardería y me iba a trabajar. Luego volvía por ellos a las seis de la tarde, les calentaba la comida y me ponía a lavar ropa. Me sentía sola, era mucho trabajo, pero lo hacía por ellos. Conseguí otro tipo de trabajos, pero me llamaban cada vez que había cosecha de coca y ganaba mejor.

Pasaron los años y, sin darnos cuenta, El Plateado se empezó a llenar de paracos. Las mujeres desaparecían todos los días. No puedo olvidar a la que encontraron entre el monte desnuda y con los senos cortados. Nos llenamos de miedo. Los soldados del ejército pasaban por las casas, casi siempre de noche, y pidiendo algo para comer. Todos les dábamos de comer, eran muchachos muy jóvenes, a muchos los conocíamos, y eso no le gustó a mucha gente.

Fue una noche del 2006, eran las nueve de la noche y ya estábamos dormidos. Llegaron tres tipos armados a la casa: no les vi la cara porque llevaban pasa montañas. Estaba con mis hijos ya mayores y sus parejas. Nos amenazaron: “Si a las cinco volvemos y están aquí, no respondemos por nadie”. No quise esperar nada. Recogí la ropa que pude, el dinero que tenía ahorrado y me fui con los niños más pequeños: mi primera nieta, Lucero, y otros de mis hijos. Decidimos viajar a Popayán. No conocíamos a nadie, pero no teníamos otra alternativa.

2. Una carretera para huir

Llegué a Popayán una tarde con los más pequeños. Mi hija, que ya tenía marido, y mi otro hijo y su novia llegaron al otro día. Aguantamos hambre por algunos días hasta que una hermana nos prestó su casa. Teníamos que pagar el arriendo, pero no habíamos conseguido trabajo. En la casa había un cultivo de zanahorias, entonces los niños pequeños se alimentaban con eso. Metí los papeles para reconocermé como desplazada, pero no me salieron. En esa época a nadie lo reconocían como desplazado. Me tocó empezar a dejar mi número de celular en toda parte, para trabajar en lo que fuera. En ese tiempo que no conseguí trabajo. Familias en acción me ayudó con algo de dinero, pero alcanzaba para comprar arroz y huevos. Los niños aprendieron a preparar su

comida mientras yo seguía buscando trabajo. Les tocó crecer más rápido.

Busqué por toda parte y un día me llamaron. Cuando llegué al lugar, el señor me dijo que no era a mí a la que quería llamar, pero como a pesar de todo tengo un ángel, me dieron el trabajo. Trabajaba pelando papas en la terminal de transportes, preparaba sancocho en un restaurante de un señor al que le decían el pastuso. Nunca voy a olvidar el primer día que me pagó: ese mismo día fui a mercar con los quince mil que me dio, comimos mejor que otros días. Es muy difícil como mamá ver a sus hijos acostarse con hambre, hacía lo que fuera por ellos. Después de eso trabajé en un restaurante cerca al Mirador y en un hotel en el barrio Bolívar: en ambos lugares me trataron muy mal y renuncié. Estaba cansada de la ciudad y de los trabajos y una noche decidí devolverme a El Plateado.

Estuvimos en El Plateado hasta el 2012. La violencia había aumentado, pero vivíamos mejor. Por eso nunca pensé que nos ocurriría a nosotros, que nos volverían a hacer daño. Era un diez de julio y bajábamos para la casa desde la casa de mi hija que quedaba cerca del colegio. Los niños se nos adelantaron corriendo: mi nieta Lucero, uno de mis hijos y un vecino. Nosotros nos desviamos un momento para saludar a mi amiga Roselda y cuando entré a su casa lo escuché. Un sonido fuerte. Se levantó mucho polvo negro. Pensé en Dios, y me dije: “¿a quién cogería esa bomba?”. En ese tiempo moría mucha gente, no se podía salir porque había plomo por toda parte. Al instante recibí la llamada de mi hijo mayor: “Mamá, vengase rápido para el hospital, que una bomba cogió a Lucero”.

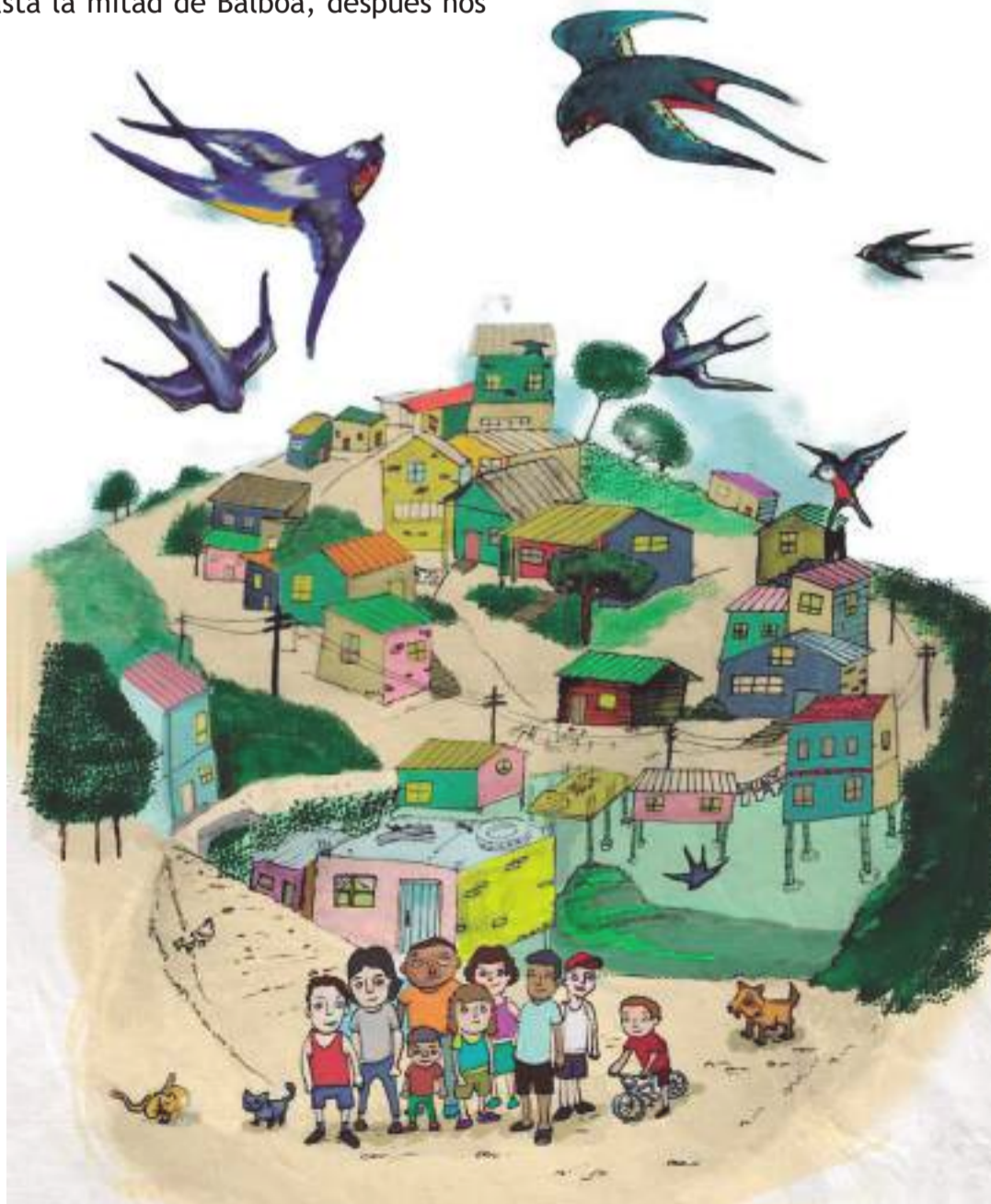
Yo solo recuerdo que llevaba unas chanclas y que las dejé en el camino para correr más rápido. Llegué al hospital primero que mis otros hijos. Había mucha gente y no me dejaban entrar. Grité que era su abuela, que la niña era mía. Después de un tiempo me dejaron pasar. La vi en una camilla: la bomba le sacó las tripas. Los otros dos niños solo estaban lastimados por las esquirlas. Ese día la bomba cogió a seis niños en la cancha del pueblo, murió uno de ellos atravesado por una varilla en el corazón. Lucero era la más herida de los demás, en ese momento tenía siete años. Una camioneta nos recogió y nos llevó hasta Argelia, ahí llegó una ambulancia que nos llevó hasta la mitad de Balboa, después nos

recogió otra que nos trajo de vuelta a Popayán.

Lucero fue muy valiente por la misericordia de Dios, no durmió en todo el camino. Solo en algunos momentos le pidió al conductor que fuera más lento, que le dolía. Yo me devolví por los otros niños heridos, tenían las tetillas destrozadas y las piernas reventadas, pero no estaban tan mal como Lucero: a ellos les mandaron exámenes y los dejaron ir. Entonces volví por Lucero a los dos días. Cuando llegué ya le habían practicado una cirugía que le dejó una cicatriz en todo el abdomen. Estuvo en cuidados intensivos por varios meses, la mantuvieron entubada hasta que se quedó sin voz. Aprendí a defenderme en los hospitales, en varias oportunidades intentaron sacarnos, pero yo no me dejé. Los tubos la dejaron sin hablar y con oxígeno por dos años más. Lo que más me dolió fueron sus secuelas psicológicas, como varios doctores las llamaron. Lucero cambió mucho.

Después de eso la prensa nos buscó mucho, abogados se consiguieron mi número, no sé cómo. Todos querían el caso, las ayudas llegaron más fácil, ahora sí nos reconocieron como desplazados. Con el tiempo nos enteramos que la bomba la pusieron las Farc, pero su grupo de milicianos. Ellos contrataban un grupo de muchachos jóvenes del pueblo para que les contaran lo que pasaba. Ese día un helicóptero del ejército aterrizó por emergencia en la cancha del pueblo, la guerrilla se llevó a los pilotos. Cerca ubicaron tres motos bombas, explotó solo la que estaba más cerca del helicóptero y de los niños. Las otras las desactivaron. Un chismoso le contó al ejército dónde estaban. Ese día mucha gente se fue a ocultar al campo, había miedo.

Al final hicimos la demanda y nos fuimos del pueblo. No tengo fe en que el Estado cumpla, esas cosas no pasan, se demoran, nadie se hace responsable. En continuas reuniones el abogado del ejército nunca asistió, que estaba muy ocupado. Siempre pienso en lo injusto que fue: ¿eran solo niños!, estaban fuera de la guerra, no estaban de ningún lado y resultaron heridos. Me estremece porque son míos, yo los vi salir de mí. Ellos, como Lola, han sido mi única felicidad en esta tierra. Cada uno de sus partos fue un pequeño momento de felicidad en mi vida, también el de mis nietos. Una excusa para no pensar en todo lo otro malo que he cargado. Sigo aquí porque quiero seguir cuidándolos.



“Es duro empezar de cero”

Don Rodolfo, un campesino de Almaguer, Cauca, en situación de desplazamiento forzado, es una persona más en la lista de “olvidados” por el gobierno. Actualmente vive con su hermano en la comuna 7, en el asentamiento La Fortaleza al suroccidente de Popayán. Aquí, el testimonio de su tragedia, que es la de muchos en este país.

Por: Paula Lara Rodríguez
www.comarcadigital.com

El proceso fue duro cuando llegamos. El alcalde a ninguno nos colaboró. Yo por ejemplo trabajé y allá está la tierra. Está abandonada la casa nuevita, está en medio del monte. Allá lo volvieron nada, las puertas están marcadas de plomo. Y todavía hay huellas de lo que he trabajado.

Yo anteriormente vendía cerveza en una cantina, trabajé catorce años ahí. De eso fui ahorrando, ahorrando, hasta que me compré una tierra. Por ahí más o menos diez hectáreas con el decir que cuando estuviera viejo me iban a servir. Soy del municipio de Almaguer, en la tierra Tarabita, el silencio de rumbo morado.

Resulta que yo compré eso porque no tenía dónde trabajar, yo no tenía nada, empecé de cero. Yo no pensé que de pronto me iba a ir mal en eso. Allá la gente ve la plata es sembrando coquita ¿no?, claro que uno como cultivador no se vuelve rico. Eso no se gana.

Le queda lo que se come. Yo me puse a sembrar. En eso llega un señor diciendo que había una reunión en la escuela donde tenía a la niña estudiando. No sabía de qué se trataba la reunión. Era para que todos los que habíamos sembrado nos pusieran una cuota, a todos: sembradores y recogedores. Entonces yo le pregunté que de cuánto iba a quedar eso. Respondió que cada cosecha teníamos que aportar tres millones. Le dije que era bastante plata y que yo tenía poquita. Me contestó que él ya había mirado la tierra mía y que podía sembrar en todo eso y que le diera. Le dije “vea es que yo no tengo plata para pagar eso, es un poco de plata”. Me contestó que si yo no quería colaborar era otra cosa.

Me puse a pensar y yo no tenía esa plata para pagar. El día lunes lo busqué, le dije: “amigo”, lo saludé con buenas palabras. Casi no me contesta. Y le dije: “vea, por qué no hacemos una cosa, yo me comprometo a pagarle millón y medio cada cosecha, cada tres meses que da. Así me dé el agua al pescuezo, si no tengo, yo me los consigo”.

Me dijo que él no me estaba vendiendo nada sino que estaba pidiendo una cuota, que si yo no quería colaborar era otra cosa. Me puse a pensar ¿qué hago?, ¿dónde me levanto toda esa plata? A veces se pone a quince o veinte mil pesos la arroba y no hay plata, y toca pagarle a esa gente. ¿De dónde uno va a ir a sacar?, ¿dónde uno va a buscar esa plata para pagar? Me puse a pensar y llegué a la casa y le dije a la mujer: “yo me voy, ese man no quiso ni oír. Yo me voy”. Me dijo la mujer: “pues yo también me voy”. Dejé botando dos caballos que tenía de cargar, unas vaquitas, los perros y como cincuenta gallinas. Después me volví escondido a sacar gallinas. Y los caballos los dejé por allá donde un amigo.

Luego me tocó llamar para que me los vendiera él como pudiera y me girara la plata. Acá en la ciudad teníamos que pagar arriendo y comprar comida.

Esa gente cuando llegó supuestamente nos iba a ayudar. Que iban a sacar la cara por nosotros. Yo creí que era cierto. Nos ayudaron pero a salir de allá. El que tiene plata se queda y el que no, tiene que irse. Una sola cuota que uno les quedé debiendo lo mandan a liquidar. Por eso me tocó venirme. Como dice el dicho: a vivir o a morir. Y gracias a Dios estoy vivo.

Los papeles del desplazado

Tan de malas que solo los primeros días nos dieron ayuda por ser desplazados. Me dieron platos, cucharas, dos bonos de remesas y una sola ayuda de seiscientos mil y otra de doscientos mil pesos. Y ahora sí, crúcese porque no me han dado más. Llevo seis años de desplazado. Yo sí tengo los papeles de desplazado. Me salió la vivienda del Ortigal y por la escritura de la tierra que tengo allá no me dieron vivienda, y por eso estoy aquí en La Fortaleza.

Me dijeron que estaba rechazado por la escritura, entonces metí la escritura a restitución de tierras. Ya lleva cuatro años la escritura allá. No me han dicho nada. Que espere, que eso es un proceso y que la fiscalía tiene que ir allá. No es más lo que me dicen. Estamos esperando que la Fiscalía vaya y hagamos el proceso y ya. Pero dízque eso dura diez años y yo ya en esos años estoy muerto. Estamos es esperando eso, la restitución de tierras que el gobierno tanto nos “garantiza”.

Hace un año y medio una moto me rompió la pata, y también debido a eso tengo dos platinas en el hueso del hombro. No puedo trabajar. La ayuda también se perdió. Solamente tengo la ayuda humanitaria que son ciento veinte mil pesos cada dos meses. A ratos me siento mal por lo que no puedo trabajar y mi familia allá está mal. Yo no les digo mándenme porque están mal.

El que me accidentó dijo que no tenía plata para darme porque no tenía trabajo. Entonces ¿por qué la ley deja manejar un tipo sin papeles, sin nada? Yo le dije al doctor de la Fiscalía: “hágame el favor y archive eso”, porque era cada ocho días venga a la Fiscalía para decirme lo mismo.

Nos vinimos a Popayán por el clima, aquí es agradable para vivir, así sufra uno. Del hambre no me he dejado morir, los vecinos

también colaboran. Tengo sesenta y ocho años, ¿quién me da trabajo? Por la edad nadie me da trabajo. Fui a una finca y me pusieron a desyerbar y yo no pude agacharme por lo del accidente. No pude con una sola mano, me tocó volverme. Y estoy aquí.

Llegué a la ciudad en el 2011, ya llevo seis años. Yo estuve un año pagando arriendo con la señora, la niña, un hijo y un hermano. Ahora vivo con el hermano, él es el que me mantiene. Él va a ganar a la galería y es quien me ayuda.

Un amigo de aquí de la ciudad me dijo que estaban invadiendo lotes, que él me ayudaba a hablar. Que la que estaba haciendo los papeles era una amiga suya. Entonces, él le dijo a la señora: “vea, sepáremele un lote aquí a mi amigo que él es de Almaguer, de al lado de Bolívar”. Él es desplazado.

Ella me dijo que le ayudara a parar unas estacas y esas estacas es donde ahora vivo. Me dijo “cómprese un plástico y a pelear”. Porque esto aquí como unas cuatro veces nos han desalojado. Eso nos quemaban los plásticos y las guaduas. Luego yo hice una cama de palo y ahí dormía. La familia estaba en arriendo, yo no los podía traer a este plástico porque esto se enlagnaba. Dormíamos encima de una laguna. Ahora nos da miedo por si se da una avalancha de allá arriba, del Túnel. Estamos en peligro. Cada que llueve, el agua viene para acá dentro y toca tener las cositas en lo alto.

La doctora de restitución de tierras me dijo: “¿y usted no quiere volver?, y le dije: ¿para qué? Yo trabajé toda mi vida en la finca cuando era mocito, ahora así, todo mal herido, si acaso puedo andar. La mujer se fue por allá a ganar algo de dinero. Ellos vienen y se van porque aquí es duro para trabajar. Yo he querido hacer un préstamo para hacerme un negocio pero no hay con quien. Pero aquí vamos, jugando a la ruleta, vamos despacio.

La música como refugio

Puedo tocar guitarra y cantar. Yo he sido un tipo que le he entrado a todo. A un amigo le templé la guitarra y le dije que le iba a enseñar los tonos y luego a desarrollar. El aprendió rapidito y nos conseguimos otra guitarra. Nos hicimos una charrasca con un totumo y nos agarramos a tocar. Nos invitaron a una emisora, nos

dieron almuerzo y grabamos un cd. Por esos cocales se escuchaba solo eso, echando pala y escuchando la radio. También fuimos a La Vega a una feria y me inventé un tema, es duro. Con ese tema nos ganamos cuatrocientos mil pesos. “El animal”, así titula. Yo tengo mi requinto aquí, no me falta nunca.

Yo de aquí ya no me voy, a menos que nos saquen con las patas de adelante para el cementerio. Lo que sí nos tiene aburridos es cuando llueve. Antes el caño no se lo aguantaba nadie. La junta recogió esas aguas negras de la quebrada Pubús porque los niños vivían con gripa y fiebre por la fetidez del caño, ahora ya no.

Ojalá el gobierno nos saque una vivienda para poder vivir bien. Yo ya no puedo volver a mi tierra, porque ya no puedo trabajar y esa gente está ahí. El gobierno no ha arreglado nada con ellos, no han querido negociar. A uno lo tienen al rojo porque no colaboró. No tuve la forma de colaborar. Como dijo el que me accidentó: “¿De dónde iba a robar pa’ darles?”. Gracias a Dios mi mamá nos crio trabajando a todos.

Yo he sido pobre. Vea, yo empecé de cero. En mi finca tenía todo. La unión familiar y comida. Tenía yuca, frijol, guineo, maíz, plátano, unos racimotes, hasta que me vine. Yo vendí todo. Es duro el cambio. Tener que dejar usted todo lo que consiguió con sudor y sacrificio y que a nadie se le quitó un peso a la mala. Yo viví muy bonito allá, conseguí plata, compré mi tierra, hice mi casa, vivía bien. Pero llegaron las cuotas y tuve que huir. Antes de venirme me paré en frente de unos palos de mango de mi casa para ver esa finca tan bonita, con comida y todo, animales, todo. Nunca comprábamos una gallina, porque teníamos más de cincuenta de campo. Me agarré a llorar porque me tocaba dejar abandonado. Es duro para desprenderse.

Es duro para empezar de cero. Y pues ahora no tengo nada, apenas la neverita. Con los animalitos que vendí me compré la nevera. Y aquí estoy haciéndole frente.

Aquí en Popayán es bonito para vivir, gente buena, clima bueno. Cuando me enfermé no me dejaron morir, me tenían aturdido en comida. Los vecinos me han colaborado. Todos los ranchos colaboran para alguna actividad. De grano en grano la gallina llena el buche. De mil pesos colaboramos para lo del Putumayo, nadie se niega, todos dan. No tenemos plata, pero mil pesos no se le niega a nadie. Aquí todos somos amigos, todos nos relajamos. Vivo muy bonito, aunque viva en este rancho de costalilla.



Rutas de Paz

Un recorrido por diferentes zonas del departamento del Cauca en busca de conocer las experiencias comunitarias de convivencia, adelanta el Centro de Gestión de las Comunicaciones con la realización del Documental 'Rutas de Paz', una serie audiovisual que busca difundir un departamento que se recupera del conflicto

armado a través del compromiso de sus moradores. Rutas de Paz recorre localidades como Santo Domingo en Corinto, Guapi, Lerma en Bolívar, zonas de reserva campesina en Piendamó y Cajibío, entre otros, serie que se tendrá en el primer semestre de 2018, como parte de una universidad comprometida con la paz territorial.

